

Marshall Jevons

Asesinato en el margen

Versión española de Carlos Rodríguez Braun



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Murder at the Margin*

Primera edición: 1996
Tercera edición: 2011
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1978 by William Breit and Kenneth Elzinga; New Afterword
Copyright © 1993 by William Breit and Kenneth Elzinga; New Foreword
Copyright © 1993 by Princeton University Press
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6124-7
Depósito legal: M. 41.291-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	Prólogo, por Herbert Stein
	Asesinato en el margen
23	Uno
32	Dos
40	Tres
47	Cuatro
58	Cinco
63	Seis
72	Siete
82	Ocho
101	Nueve
110	Diez
122	Once
139	Doce
167	Trece
179	Catorce
193	Quince
202	Dieciséis
213	Diecisiete
228	Epílogo

Asesinato en el margen es pura ficción y todos sus personajes y aventuras son imaginarios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Aprendo muchas cosas con sólo observarle,
y dejándole hablar de todo lo que usted quiera,
y tomando nota de lo que usted no dice.

T. S. Eliot, *The Cocktail Party*

Prólogo

Todo gran detective tiene su propio ambiente. El de Sherlock Holmes son las calles oscuras y las imponentes mansiones de la Inglaterra eduardiana. El de Miss Marple es un pueblecito británico. El del Inspector Maigret son los bulevares de París. Estos detectives no sólo conocen la geografía de esos lugares sino también sus instituciones y sus gentes. Comprenden cómo funcionan las cosas en esos ambientes y cómo se comportan allí las personas.

Henry Spearman, el detective protagonista de *Asesinato en el margen*, se mueve en un entorno distinto, que no está limitado a un momento o un lugar determinado. Su ambiente se halla en el interior de la mente de un hombre o una mujer racional que, ante la elección entre dos formas de conseguir un objetivo determinado, siempre optan por la forma que cueste menos. Al comprender cómo se comportaría una persona así, y bajo el supuesto

de que las demás personas implicadas en el caso son racionales en ese sentido, Spearman resuelve el misterio.

Nuestro detective es economista. Es un estudioso de la conducta racional, que maximiza objetivos. También piensa, habla y actúa como un individuo para quien lo principal es siempre la racionalidad. El autor, Marshall Jevons, también es economista. Cuando Henry Spearman no explica adecuadamente el análisis económico que subyace a sus reflexiones, el autor interviene y lo hace por él.

Para solucionar el caso, tanto Spearman como el autor aplican una serie de conceptos económicos que son variaciones sobre el tema de la racionalidad. Hay discusiones sobre la forma en que una persona racional concibe la elección entre trabajo remunerado y ocio, sobre cómo establecer el precio óptimo para vender un libro, sobre las razones de que algunas personas se relacionen con otras de la forma en que lo hacen, sobre cómo se igualan las cantidades de productos ofertadas y vendidas, sobre la imposibilidad de comparar las utilidades de personas diferentes, etcétera.

Todo ello está en relación con el hecho de que se han producido una serie de asesinatos y no sabemos quién los ha cometido. Spearman descubre al culpable mediante la aplicación rigurosa de una proposición económica muy sencilla unida a una atenta observación. La clave de la trama es que existe un misterio: alguien está actuando de una manera que no es transparente, pero no sabemos quién es. Cuando Spearman ve que alguien se conduce de una forma que *parece* irracional y no sigue el camino menos costoso de alcanzar sus objetivos aparen-

tes, sabe que esa persona oculta algo, que tiene algún objetivo o algún coste que no están claros. Y si Spearman cuenta con datos suficientes sobre una conducta aparentemente irracional, puede deducir qué pretende esa persona.

Sin necesidad de revelar el desenlace de *Asesinato en el margen*, puedo poner un ejemplo sencillo, quizás absurdo, que no figura en el libro. Supongamos que usted ve en el comedor de un hotel a un hombre que puede elegir para desayunar entre dos bollos que parecen idénticos y que cuestan respectivamente cincuenta centavos y un dólar. El hombre elige el de un dólar. Usted deduce de inmediato que los dos bollos no son idénticos para él. Ahora supongamos que también ha visto al mismo individuo comprar todos los ejemplares del periódico de la mañana que había en la tienda del hotel, a pesar de que evidentemente una persona racional quedaría satisfecha con sólo un ejemplar, y que sabe que en la primera plana del periódico se informaba de la desaparición de un rubí de la frente de un ídolo indio. Podría deducir que el bollo de un dólar contenía el famoso rubí.

Asesinato en el margen se ha utilizado como lectura complementaria en numerosos cursos de introducción a la economía. Sirve para despertar la curiosidad del estudiante principiante por los conceptos económicos y proporciona al profesor un punto de partida para su clase. Los economistas profesionales disfrutarán al ver cómo se han utilizado ciertos principios que les son familiares en circunstancias un tanto insólitas. Las personas que no saben mucho de economía aprenderán algo sobre la ciencia económica y los economistas.

Pero *Asesinato en el margen* no es un libro de texto y no se lee para aprender economía, igual que no se lee a Conan Doyle para conocer la química de la ceniza de los cigarros puros, ni a Agatha Christie para aprender toxicología. La economía es el estilo, no el relato.

El relato es una buena novela detectivesca clásica, con todos los ingredientes necesarios bien aderezados. Hay víctimas de crímenes con las que no nos sentimos particularmente identificados. Nuestro interés en el rompecabezas de quién las mató no se ve desviado por tristeza alguna ante su muerte. Hay varios sospechosos. Y están las claves necesarias para llegar a la solución, ocultas en un pajar de circunstancias e incidentes. Un lector lo suficientemente perseverante, lógico y atento podría descubrir la solución antes de que sea revelada, pero sería muy raro encontrar un lector así. Cuando el valiente, analítico y extremadamente observador detective descubre al criminal, el lector admite que se le ha tratado con consideración y admira la destreza del autor. No hay que ser economista para disfrutar con todo esto.

Hay varios misterios en *Asesinato en el margen*, además de la incógnita de quién es el asesino. El autor advierte al comienzo que «*Asesinato en el margen* es pura ficción y todos sus personajes y aventuras son imaginarios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia». Ahora bien, una advertencia de este tipo sólo es necesaria cuando un libro se acerca tanto a la verdad que un lector no avisado podría pensar que es verdad. Por tanto, podemos preguntarnos qué hay en este libro que se asemeja tanto a la verdad que el lector podría no darse cuenta de que es ficticio.

El primer misterio es la identidad del autor, Marshall Jevons, de quien puede deducirse que es un economista. Pero no existe ningún economista llamado «Marshall Jevons». Alfred Marshall sí fue un gran economista, lo mismo que William Stanley Jevons, pero el primero murió en 1924 y el segundo en 1882, con lo que fácilmente podemos concluir que este libro, publicado por vez primera en 1978, no es resultado de una colaboración entre ellos.

El misterio ha sido despejado. Hay dos autores: William Breit y Kenneth Elzinga. Este último es profesor de economía en la Universidad de Virginia; Breit enseñó economía en Virginia y ahora está en la Trinity University de San Antonio. Los dos son magníficos economistas, con amplia experiencia docente e investigadora en el campo económico. Obviamente, se cuentan entre los miembros más imaginativos y creativos de su profesión.

Breit y Elzinga confiesan que escribieron la novela policiaca «porque nos divirtió». Este concepto es complicado para un economista. Si preguntamos por qué, de todos los economistas que ha habido en el mundo, únicamente dos han escrito una historia de detectives, la ciencia económica sólo nos puede decir que ellos fueron los únicos a quienes escribir una novela proporcionó más utilidad que cualquier otra forma de emplear su tiempo. Pero esto es sólo una forma caprichosa de alegar lo evidente.

Un misterio más profundo estriba en quién es Henry Spearman. Muchos lectores han concluido apresuradamente que se trata de Milton Friedman, porque nuestro personaje es un buen economista, de baja estatura y se está quedando calvo. Pero en muchos aspectos Spear-

man no tiene nada que ver con Friedman. Spearman es profesor en Harvard y su mujer, cuyo improbable nombre es Pidge, no es economista. En Estados Unidos hay unos veinte mil economistas y entre ellos habrá más de uno que sea buen profesional, de baja estatura y calvo. Así que si existe un modelo real de Spearman, su identidad sigue siendo un misterio, al menos para mí.

Por último, está la cuestión de cuánto hay de realidad y cuánto de ficción en el mundo y en el personaje de Henry Spearman, y qué pretenden los autores que pensemos nosotros al respecto. Supongo que ni Conan Doyle ni Agatha Christie habrían insistido en que el mundo de sus detectives era completamente real. Pero hasta qué punto el mundo de la racionalidad económica total descrito por Spearman y los autores refleja el mundo real todavía es un tema abierto para los economistas.

En un momento dado de la historia hay una discusión sobre el motivo de que un hombre al que no le gusta bailar baile con su mujer, a la que sí le gusta. Alguien sugiere que el hombre está enamorado de su mujer. Spearman postula una explicación más «racional económicamente»: la pareja tiene funciones de utilidad interdependientes, de forma que el marido obtiene placer del placer de la mujer. Cabe preguntarse si existe alguien que hable así y si con ello añade algo a la explicación de que el hombre está enamorado de su mujer. ¿No estarán los autores, que después de todo escribieron el libro para divertirse, divirtiéndose también un poco a costa de las pretensiones de la economía?

Un economista, quizás J. M. Clark, se refirió desdeñosamente una vez a «la pasión irracional por la racionalidad».

dad desapasionada». Más allá de un punto determinado, la racionalidad puede no valer la pena e incluso ser contraproducente y restarle «diversión» a la vida, por utilizar nuevamente esa palabra. El que haya irracionalidad en el mundo real plantea un problema a Spearman. Él resuelve el misterio apoyándose en la convicción de que hay una racionalidad oculta tras los actos aparentemente irracionales, y entonces él procura desvelarla. Si la irracionalidad es verdaderamente irracional –si, a pesar de Freud, un cigarro es sólo un cigarro– los métodos de detección de Spearman no funcionarán.

Y así resulta que hay dos enigmas en *Asesinato en el margen*. Uno es quién mato a A y a B. El segundo es hasta qué punto se parece el mundo de la economía racional, en el que se desarrolla la historia, al mundo real. El segundo enigma suma, y no resta, fascinación al primero.

Herbert Stein

22 de marzo de 1993

Asesinato en el margen

Uno

—Ya ves que hasta un loro podría ser un economista pasable, ¡bastaría con que le enseñaras a responder «oferta y demanda» a cualquier pregunta!

El profesor Henry Spearman se rió entre dientes mientras ayudaba a Pidge, su regordeta esposa, a sentarse en el mullido banco de la lancha. Acababa de explicarle el precio del viaje en taxi mediante un ejemplo de oferta y demanda. Esos seis dólares los habían transportado junto con su equipaje desde el aeropuerto de Charlotte Amalie hasta el embarcadero de Red Hook, frente a St. Thomas. Habían llegado a la última etapa de su viaje. La embarcación en la que acababan de montar los conduciría directamente a St. John, donde los Spearman pronto estarían disfrutando de una buena cena en el Cinnamon Bay Plantation, el hotel que habían escogido para sus vacaciones.

Ese mismo día habían ido desde Nueva York a las Islas Vírgenes y el vuelo había sido agotador, además, habían

tenido que hacer una escala en el sofocante y abarrotado aeropuerto de San Juan. Spearman confiaba en que la tranquila travesía y el fresco aire del mar contrastarían gratamente con el tedio del viaje en avión.

No es que fuera enemigo de los aviones. De hecho, era el medio de transporte que más utilizaba. En los últimos años, el tiempo se había vuelto incluso más valioso para él, como solía advertir en los momentos de sosiego. Mientras la lancha iniciaba su recorrido de veinte minutos a través del estrecho de Pillsbury, Spearman pensaba en lo frecuentemente que se frustran nuestras expectativas. Cuando decidió emprender una carrera académica, en parte fue porque creía que tendría mucho tiempo libre para sus aficiones, viajar, la filatelia y la lectura, actividades a las que nunca pudo dedicarse su padre, cuyos negocios le exigían demasiadas horas de dedicación. Pero ahora, cuando Henry Spearman había cobrado renombre como economista, era raro que su jornada laboral no superase incluso la de su padre. A medida que crecía su reputación, crecía también la demanda de sus servicios y en la misma proporción aumentaron sus honorarios por conferencias y columnas en los periódicos, así como los ingresos por las ventas de sus libros. Todo ello le planteaba una paradoja. Como su renta era mayor, pensaba que podría permitirse más actividades vinculadas al ocio. Pero, al mismo tiempo, las vacaciones y otras ocupaciones semejantes le parecían un lujo que, al contrario de lo que ocurría cuando su renta era menor, no podía concederse. La paradoja, empero, no era tal para un economista que comprendía la doctrina del «coste de oportunidad». Por cada tarde que Spearman pasase dis-

frutando de su colección de sellos, sacrificaba la oportunidad de trabajar en una conferencia, un artículo o un libro que le aportarían pingües beneficios económicos. Poniendo todo en la balanza, escogió el trabajo y no el ocio. A medida que subían las ventas de sus libros y sus honorarios, aumentaba el coste del ocio. En consecuencia, casi nunca se tomaba vacaciones, tenía abandonada su colección de sellos y dejó de leer muchos libros que no estaban relacionados con sus intereses profesionales.

Siempre le había costado explicar a su familia qué era exactamente lo que le absorbía tanto tiempo, un problema que jamás tuvo su padre. El viejo Spearman tenía una sastrería. Todos conocían la naturaleza de su trabajo. Se realizaba en la tienda, el producto era tangible y las recompensas y sinsabores adoptaban la forma de ganancias y pérdidas.

La investigación académica era exactamente lo contrario. El profesor Spearman hacía buena parte de su trabajo mentalmente, o discretamente oculto en la sala de lectura de una biblioteca. El producto de su labor tomaba la forma de libros y artículos que no constituían directamente su salario. Dicho salario era de los más elevados del claustro de Harvard y no se hallaba sujeto a las vicisitudes del mercado, como le había sucedido a los ingresos de su padre.

Asimismo, cuando Spearman se doctoró, no suponía que la preparación de las clases iba a constituir una parte pequeña de sus responsabilidades. Como cualquier universidad importante, Harvard remuneraba a sus profesores por la investigación, no por la docencia. No obstante, Spearman se tomaba las clases en serio. Su proceder en